

LOS GUARDIANES

LIBRO QUINTO

# JACK ESCARCHA

EL FINAL ES  
EL PRINCIPIO



WILLIAM JOYCE

Editorial Bambú  
es un sello de Editorial Casals, SA

Título original: *Jack Frost The End Becomes the Beggining*

Publicado por acuerdo con Atheneum Books for Young Readers,  
un sello de Simon & Schuster Children's Publishing.

© 2018, William Joyce, por el texto

© 2018, William Joyce, por las ilustraciones

© 2019, Arturo Peral Santamaría, por la traducción

© 2020, Editorial Casals, SA, por esta edición

Casp, 79 – 08013 Barcelona

Tel.: 902 107 007

editorialbambu.com

bambulector.com

Diseño de la sobrecubierta: Lauren Rille

Primera edición: febrero de 2020

ISBN: 978-84-8343-595-3

Depósito legal: B-1022-2020

Printed in Spain

Impreso en Índice, SL

Fluvià, 81-87 – 08019 Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

CAPÍTULO UNO

---

Una Nariz Casi  
Es Cortada

EL DÍA DE NOCHEBUENA era el preferido de Jack. Y, durante aproximadamente la última década, había disfrutado de este día en su lugar predilecto: su árbol.

El árbol de Jack era el más antiguo de Central Park. Mil personas, quizá más, pasaban a su lado a diario y llevaban haciéndolo desde hacía muchos años, pero nadie sabía que Jackson Terrenal Escarcha pasaba temporadas en su interior.

Era más antiguo que el parque en el que se encontraba, incluso más viejo que la propia ciudad

de Nueva York. Era solo un retoño cuando la ciudad todavía se llamaba Nuevo Ámsterdam y había más nativos americanos que colonos habitando en el pantanoso bosque de la isla de Manhattan.

En la Nochebuena de 1933, millones de personas vivían a tiro de piedra del nobilísimo roble, pero los secretos de este árbol eran todavía más desconocidos que en la época en la que los fusiles de chispa, los arcos y flechas estaban a la orden del día.

La nieve caía con fuerza por todo el este y amortiguaba el sonido de la ciudad, aunque Nueva York cada vez estaba más tranquila. La gente había dejado de hacer compras y se dirigía a sus apartamentos, sus áticos y sus hogares. Jack, en cambio, sentía el tamborileo de la emoción de los niños. Dormir sería difícil para ellos. A fin de cuentas, era Nochebuena.

*Una noche ajetreada para Sandy, pensó.*

El interior del árbol de Jack contenía más de una docena de estancias en sus majestuosos huecos, y la decoración era una miscelánea de objetos de distintos siglos: lanzas, escudos, taburetes y cerámicas de varias tribus iroquesas, además de mesas coloniales, sillas ornadas y sillones traídos de toda Europa. Había un hacha de guerra de un jefe algonquino. De un perchero que había sido de Teddy Roosevelt colgaba la chaqueta que George Washington había llevado la noche que cruzó el Delaware. Este árbol, igual que los demás árboles que Jack consideraba su hogar, era un hermoso y agradable marmágnum de objetos históricos regionales.

Jack se disponía a reunirse con los demás Guardianes cuando sintió un ligero dolor en la mano izquierda que le preocupó. No quería hacerle caso. Sabía que Nicolás San Norte ya estaría quejándose de su retraso.

¡Jack Escarcha! ¡El Guardián del buen tiempo!, diría con gracia: ¡Va y viene cuando le *pace*!

Mi querido Norte, se dice «place», le corregiría Bunny.

Ve a poner un huevo, general conejo Bunny, respondería Norte, y discutirían amistosamente.

Jack lo imaginaba con claridad. Agarró su bastón, llamado Twiner, y se dispuso a salir, pero un dolor más agudo en la mano lo detuvo. Se miró la curiosa cicatriz que le surcaba la palma izquierda. La mancha de la sangre de Sombra, negra como la tinta, se había desteñido, y era, como ya sabía Jack, la fuente de su dolor, pues le molestaba cada vez que las sus fuerzas suponían una amenaza.

Se volvió hacia un armario oculto donde guardaba las dagas. En aquel armario secreto almacenaba varias armas muy parecidas. Todas estaban

hechas de un solo diamante largo y afilado, y cada piedra preciosa se había formado a partir de las lágrimas de alguien a quien Jack había querido. En el pasado, cuando se le conocía como Luz Nocturna, Jack había poseído la habilidad de convertir la tristeza en un arma. Esas dagas solo servían contra las fuerzas oscuras o para proteger a los amables y a los débiles. Pero una de ellas aún no estaba acabada y no se parecía a las demás. Provenía de las lágrimas del propio Sombra. Aquella daga solo tenía un propósito.

Jack no habría podido terminarla; sin embargo en lo más profundo de su ser sabía que había llegado el momento de utilizarla. Esta preocupación le atormentaba mientras enfundaba el arma. Se puso la capucha azul que llevaba a modo de uniforme y salió rumbo al Polo. Al Polo Norte.

El millar de ardillas que se refugiaban en su roble comían nueces y cantaban villancicos de ardilla alrededor de su versión de un árbol de Navidad –un amontonamiento en forma de cono de bellotas cubiertas de velas–. Le desearon feliz Navidad con sus agudas vocecitas. Jack les devolvió la felicitación con la misma voz: hablaba con fluidez la lengua de estos animales.

Al saltar del hueco del árbol, sintió otro pinchazo en la mano. Ahora no. Esta noche, no. Sacudió el brazo con fuerza.

Una brisa se levantó de repente. Los árboles se mecieron y agitaron, dejando claro su mensaje. El peligro estaba cerca. Twiner se convirtió de inmediato en un arco y un carcaj lleno de flechas nudosas.

Jack sacó una con rapidez.

–¿Dónde? –le susurró al arco.



Dejó que le dirigieran hacia su objetivo. Jack podía presentir el peligro, pero Twiner siempre veía su origen. El viento se calmó y la nieve dejó de caer.

Hmmm. No solo los árboles saben que hay peligro, también Madre Naturaleza. Jack fijó la mirada en el espacio entre los árboles y vio algo que volaba hacia él.

¡Hombres de las pesadillas! Y venían a toda velocidad.

Pero antes de que pudiera disparar, oyó un revelador sonido que le obligó a ponerse tenso: el rápido y agudo zumbido de las flechas en el aire. Las ramas que estaban más cerca de él se agitaron y doblaron más deprisa de lo que parecía posible y formaron un escudo. La corteza y la madera recibieron al vuelo los impactos de más de dos docenas de flechas negras. Una de ellas las golpeó a escasos centímetros de la cabeza de Jack.

Las flechas eran de lo más inusual: negras como el carbón y con un brillo oleoso. La primera vez que había visto flechas así fue cuando todavía le llamaban Luz Nocturna. Eran del mismo tipo que las que se utilizaron en la última gran batalla contra Sombra: la Batalla de la Noche Brillante. Venían de la cara oculta de la Luna. Tensó su arco, susurró «Busca» y dejó que su propia flecha volara. El proyectil se fragmentó en multitud de astas. A lo lejos oyó un repiqueteo producido por cada flecha al alcanzar su objetivo. Después se hizo el silencio. Luego la nieve volvió a caer; con esta señal, Madre Naturaleza le avisaba de que ya no había peligro.

A lo lejos le pareció oír villancicos. Alguien cantaba «Que Dios os dé descanso, hombres dichosos». Era uno de sus favoritos. Miró más de cerca las flechas que casi le habían matado.

—A Jack Escarcha casi le cortan las narices —le dijo a Twiner. Después saltó por los aires y voló por el cielo nocturno rumbo al Polo Norte con una nueva preocupación.

Sabía que aquellas flechas significaban que Sombra llevaba mucho tiempo preparando un infecto plan de venganza.

Aquellas Navidades verían el regreso del Rey de las Pesadillas.

## CAPÍTULO DOS

# Una Ausencia Escarchada

**K**ATHERINE ESPERABA JUNTO A KAILASH, su ganso gigante del Himalaya. Estaban en lo alto del Polo Norte propiamente dicho. Buscaban con preocupación alguna señal de Jack en el ajetreado cielo. Abajo, en la gran ciudad de Santa, todos estaban en el punto álgido de actividad.

Norte bramaba órdenes desde su balcón con un amplificador que Bunny había ideado para él. Todos los ciudadanos provistos de orejas oían la voz de aquel gran hombre.

—Un sueño hecho realidad para nuestro querido Norte —les había dicho Bunny a los Guardianes



cuando les presentó aquel amplificador—, pero un dolor de tímpano para todos los demás.

Pero, aunque Norte diera órdenes apresuradas, también parecía contento.

—¡Si no colocáis como es debido ese cargamento de ositos, os coseré como a peluches! —amenazó con una carcajada profunda. Una tropa de elfos frenéticos había llegado con una hornada reciente de la Fábrica de Ositos. Norte se rio de sus prisas.

Su carcajada estaba tan llena de júbilo que se rumoreaba que las lombrices de lugares tan lejanos como Sudamérica se agitaban bajo tierra por las cosquillas que les causaba. Y así, cuando se ultimaban los preparativos antes del gran envío, los ciudadanos del Polo Norte eran presa de un alegre pánico.

Pronto, los diez mil dirigibles aerostáticos partirían hacia sus



destinos por todo el mundo con cargamentos de juguetes para el trineo de Norte. Un número similar de trenes subterráneos de Bunny, también cargados con artículos lúdicos, partirían al mismo tiempo rumbo a muchas tierras.

Por supuesto, enviar juguetes a niños de todo el planeta durante una sola noche era una tarea descomunal, y cabía esperar cierto caos. Los yetis gritaban a los elfos. Los elfos chillaban a los lamas lunares. Los animales de peluche estaban al borde de una guerra con los soldaditos de juguete. Pero, por alguna razón, gracias al buen humor y al ánimo de Norte, todo acababa saliendo bien. Cada año, Katherine se maravillaba de que aquel plan funcionara. *Hacer algo tan bueno por los niños saca lo mejor de cada criatura*, pensó. *Pero ¿dónde se ha metido Jack esta noche?* Siempre sabía si estaba en apuros. Y, esa noche, la sensación de peligro era muy profunda.

## CAPÍTULO TRES

# Sombra No Es un Peligro... por Ahora

SOMBRA ODIABA SU CAUTIVERIO. Hacía más de cien años que habían encarcelado al Rey de las Pesadillas tras la Batalla de la Noche Brillante, pero su influencia no había cesado. Sus ejércitos habían sufrido una enorme derrota, pero seguían existiendo. Aunque Sombra no supiera cuántos de sus soldados habían escapado, estaba seguro de una cosa: la Tierra estaba llena de lugares en los que la oscuridad y la tristeza podían albergar maldad.

Su hija, Emily Jane, le había traicionado, y durante los largos años que siguieron a la Noche Brillante, había evolucionado hasta convertirse en la mejor versión de



sí misma: Madre Naturaleza. Aunque se había mostrado neutral durante los primeros años de las Guerras de las Pesadillas, había decidido utilizar sus increíbles poderes para mantener preso a su padre.

Ningún carcelero de la historia entendía tan bien las fuerzas, las flaquezas o las habilidades de su prisionero como Emily Jane Sombriner. Era la única hija del señor Sombriner, el héroe de la Edad de Oro transformado en el azote de miles de galaxias y conocido como Sombra, el Rey de las Pesadillas. Ella sabía lo valiente y cariñoso que había sido su padre. Conocía la ternura que había en él. Y también sabía que él seguía conservando en una mano, dentro de un camafeo minúsculo, los restos del retrato de su hija. Emily Jane se aferraba a la esperanza pequeña y apremiante de que algún día pudiera restaurar la bondad de su antiguo ser.

Durante años, los soldados oscuros de su padre se habían organizado en grupos dispares sin líder, y con el tiempo, se habían realizado misiones de pesadilla cada vez más efectivas y organizadas. El mundo parecía destruirse y había miedo en el aire. Los soldados de las pesadillas se alimentaban de él; los hacía más temerarios y poderosos. El miedo siempre sirve de tónico para los malvados. Es oscuro y sigiloso, y viaja mejor que cualquier otro sentimiento. Incluso en su reclusión, Sombra lo notaba.

La prisión de Sombra no se parecía a ninguna otra, y estaba en un lugar más impensable: debajo del pueblo de Santoff Claussen. Gran parte de la historia de los Guardianes se había originado en aquel lugar encantado, y, a pesar de que era un refugio para el pensamiento y la innovación de las artes mágicas, por designio accidental también constituía el sitio perfecto para contener el mal.

Fue Ombric Shalazar, cuando todavía era un mago joven, quien descubrió un cráter extraño y parcheado en el límite de los bosques de Europa. La superficie del cráter estaba recubierta por el mineral metálico más denso que había visto nunca, y eso que Ombric era el último ciudadano vivo de Atlántida y había sido testigo de muchas cosas que nadie más ha vuelto a presenciar.

En el centro del cráter crecía un minúsculo retoño. Atemperado por los fuegos del cosmos, este árbol pronto se desarrollaría hasta convertirse en el inmenso corazón del pueblo fundado por Ombric: Santoff Claussen. Sus ramas, su tronco y sus raíces podían mudar su densidad y forma siguiendo las órdenes del hechicero. Dentro de su descomunal tronco se podían formar sillas, puertas y habitaciones enteras. Ombric llamaba a aquel árbol la Gran Raíz, y desde el interior de aquella casa-árbol viviente, el mago estudió hasta

convertirse en el último de los hechiceros todopoderosos. Con el tiempo, fue atrayendo a hombres, mujeres y criaturas que pensaban como él al pueblo de Santoff Claussen. Al final llevó allí a los propios Guardianes. Norte y Katherine, los primeros, fueron sus discípulos. Después llegó Bunny, que tenía conocimientos que iban más allá de los de Ombric. Luego la Reina Toothiana, y, por último, Sanderson Mansnoozie.

La criatura llamada Luz Nocturna llevaba acompañándolos desde el principio. Ningún otro ser entendía la única debilidad de Sombra: que en su vil corazón todavía quedaba un destello de humanidad. Saber esto ponía la vida del chico en constante peligro. Sombra odiaba su debilidad, pero lo que más aborrecía era que Luz Nocturna la utilizara una y otra vez para derrotarle.

Verse encerrado en una mazmorra debajo de la ciudad de nacimiento de sus enemigos era una humilla-

ción insoportable para él. La Gran Raíz hacía honor a su nombre: cuando enterraron a Sombra, sus inquietas raíces se trenzaron para formar una serie de contrafuertes intrincados e ineludibles, así como paredes que se fundieron con la roca metálica que el meteorito había dejado. La piedra le había dado al árbol su poder sobrenatural. Con el paso de los siglos, Ombric había descubierto que el meteorito estaba compuesto por lo que se conoce como «materia oscura», el único elemento del universo que Sombra no podía atravesar ni romper.

Por tanto, Sombra permanecía allí, totalmente aislado. Débil, silencioso, apagado, pero expectante.

Luz Nocturna. Jack Escarcha. Daba igual el nombre que tuviera aquel chico. Sombra pronto se vengaría de él. Su plan estaba en marcha. Llevaba décadas ideándolo. Y ahora estaba preparado para liberarlo.

## CAPÍTULO CUATRO

# Un Par de Colas Inusuales

A PESAR DE LOS ENORMES ESFUERZOS de los Guardianes por aislar a Sombra, había criaturas, seres, entidades a su servicio que rondaban la Tierra. Dos en concreto estaban deseando llevar adelante el plan de su señor. Ninguno de los Guardianes conocía sus identidades, ni siquiera su existencia. Antiguamente, sí que habían luchado contra ellos y los habían vencido. Pero aquello había ocurrido hacía siglos, y los dos seres habían cambiado su apariencia tanto que resultaban del todo irreconocibles. Así podían moverse sin que los Guardianes los detectaran.

Ninguno de los dos era un espectro o un fantasma, ni un miembro del ejército de Sombra. Eran de carne y hueso. Eran hombres, por decirlo de algún modo... Pero, vistos de cerca, se les notaba que tenían algo raro. Uno tenía demasiadas piernas, y trataba de ocultarlas bajo un abrigo largo. También se le notaba algo que parecía una colita fina y peluda. El otro tipo era algo grueso, con ojos saltones que daban a su rostro una expresión de máscara en perpetua preocupación. También poseía una cola, un apéndice grotesco bastante panzón que recordaba a un gusano.

Pabilo Iddock de las Muchas Piernas era el más apuesto de los dos. Vestía con elegancia y sus modales resultaban agradables. De hecho, era educado hasta decir basta. Pero, al igual que muchas criaturas de presa, su agraciada fachada no era más que un disfraz, lo que Ombric habría llamado «fasma».



*Los fasma Pabilo y Sosin*

Esta palabra de origen griego tiene muchas definiciones expresivas: «engaño visual», «aparición» o «el monstruo con la capa de terciopelo», la más colorista de todas. Al igual que la venus atrapamoscas, cuyo agradable olor atrae a los insectos a su perdición, Pabilo Iddock usaba sus encantos y su comportamiento para ocultar sus intenciones brutales y asesinas.

Su compañero –su compinche, su socio– se llamaba sencillamente Sosín. El nombre se ajustaba a la perfección a aquel ser torpón como un niño. En la superficie era agradable, por no decir que estaba como en las nubes. Parecía casi estúpido. Sonreía todo el tiempo, asentía sin cesar y se reía entre dientes de todo lo que decía Pabilo. Parecía tan soso y tan inofensivo como un poni de las Shetland, pero por dentro era más confabulador y cruel incluso que Pabilo.

La historia de estas criaturas con Sombra era larga, pero resultaba todavía más extensa con los Guardianes. Antaño, Iddock había sido un hombre de verdad, un marajá que se había enfrentado a la Reina Toothiana. Pero, tras ponerse a las órdenes de Sombra, tanto él como Sosín habían decepcionado a su señor, y este los fue convirtiendo en diversas criaturas, a cual más miserable. Sombra les había prometido devolverlos a su forma humana si tenían éxito en su nueva misión. El Rey de las Pesadillas había logrado enviar instrucciones a estos antiguos asociados suyos. Sombra había equipado a la perfección a los dos fasma para la tarea que les había encomendado. Sabían exactamente cómo encontrar, atrapar y –con la consiguiente ayuda de su señor– acabar con la amenaza que suponía el poder de Jack Escarcha.